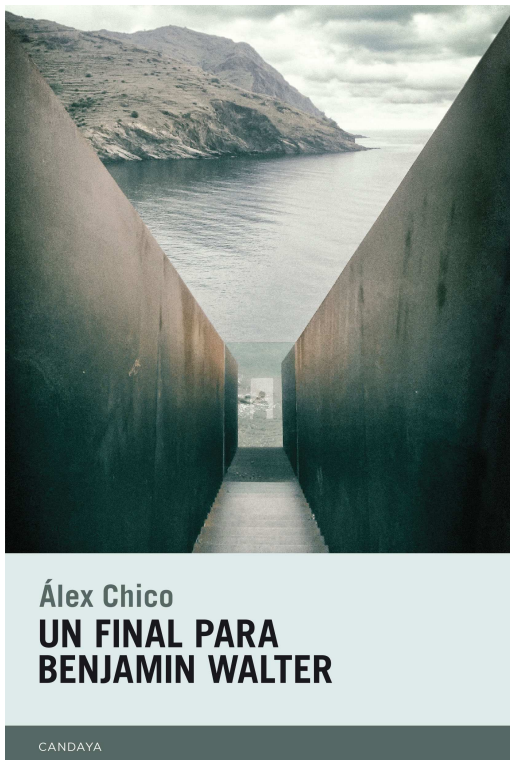


Un libro sobre Walter Benjamin

CARMEN GALLEGO CRUZ



Todos deberíamos pisar los territorios que nos cuentan los libros. Antes de leerlos, para poder en el futuro saborearlos mejor; después, para reencontrarnos con un espacio amigo.

Yo he de ir a Portbou. Es mi pacto con Benjamin y con Chico. Como para Benjamin, quizás este texto esté postulado para un futuro: él, quien, aunque a los judíos les esté vetada la visión de Casandra, interrogaba e interpelaba ese futuro de abismo que sabía que estaba por llegar a Europa.

Hablar del pasado, dice Chico, es un ejercicio para recuperarnos, un territorio que, tras ser explorado, pone cada cosa en su lugar, da auténtico sentido al hecho de narrar, al de leer y al de escribir. No es lo

mismo una novela que una narración. La novela posee una libertad que tiene que ver con el mundo exterior; la narración es el diálogo con uno mismo y con el lector para acercarle a la sabiduría:

Narrar decía Benjamin no es sólo un arte, narrar acaba en sabiduría. El sabio es alguien que ha sido capaz de identificar el rumor de las cosas verdaderas. El rumor, solo eso.

Este texto encapsula la herida que aun representa la vergüenza que debemos sentir por lo que dejamos que pasara en nuestra propia frontera. Chico viajó a Portbou en diciembre del 2015 buscando la huella de un filósofo que intentaba escapar del horror en el que se había convertido Europa. Un pensador que nos había propuesto con su obra el análisis de la barbarie que ya inundaba el continente, quizá muy cercana en estos momentos a la de los refugiados actuales, los sin-estado de nuestro tiempo. En la frontera, ante los cuerpos policiales, el filósofo afirmó llamarse Benjamin Walter, quizás deseoso de dejar de huir de un nombre, de una obra o de una condición. La de quien está obligado a sentirse fuera de la realidad en la que vive porque siempre ha habitado la condición de exiliado.

Benjamin perdió la nacionalidad en 1938. El imperialismo y el nacionalismo habían debilitado la estructura institucional jurídico-política que había posibilitado en el pasado la protección de los derechos de los ciudadanos. Tras la década de los veinte, el Estado, garantía de los derechos, fue desapareciendo y dando lugar a otras formas políticas que abandonaban a los seres humanos a su suerte. El Estado había sido el marco de referencia que protegía a los individuos; frente a él, el nacionalismo, con su énfasis en una comunidad cohesionada en torno a los sentimientos, dejaba de lado a todos aquellos que pensaban de manera distinta. Las minorías dejaron de tener un espacio y se convirtieron en ingentes masas de personas sin derechos y sin Estado; seres sumidos en la ilegalidad que pronto se convirtieron en algo superfluo y prescindible.

¿Qué hacer con ellos? Campos de internamiento y, posteriormente, campos de exterminio. El foco de la barbarie cayó sobre quienes se habían visto despojados de sus derechos: fueron expulsados de la esfera político-social para ser retornados a un mundo natural, sin identidad, sin una comunidad donde ser reconocidos como miembros de pleno derecho. Simplemente, dejaron de contar.

Carencia de derechos que afectó de pleno al grupo de intelectuales alemanes de origen judío, obligados a huir primero a Francia y después, para quienes lo consiguieron, a los Estados Unidos. Algunos, como Adorno, se suicidaron. Quizás en ellos persistía la culpa del superviviente, de la que hablaron Levi o Semprún. Benjamin se desplazó a Portbou precisamente para realizar ese trayecto pero, a pesar de tener en su poder un visado que le hubiera permitido entrar en los EEUU, una ley apenas aprobada le obligó a permanecer en la frontera, en aquella tierra de nadie de la que ya no se podía volver ni permitía tampoco avanzar.

Chico se vale de esos retazos de la historia y los ensambla a modo de puzzle mágico para conseguir atorgar un sentido a un espacio, a la ciudad de Portbou; a la literatura. Como diría Benjamin: por suerte tenemos la literatura, que en el libro se expone a través de múltiples citas. Todo lo leído, todo lo narrado, es en definitiva una respuesta al vacío en que se convertirían nuestras vidas sin las palabras; al vacío legado por la muerte de Benjamin y a las huellas que la posteridad ha ido dejando en el espacio físico de su muerte (entre ellas, el memorial Karavan). La escritura pondrá entonces nombres y sensaciones a la memoria. Se trata de un ejercicio para recuperar a Benjamin a través de un sortilegio. Pero la escritura es también una forma de encontrarse con uno mismo.

Tras la información dispersa disponible, tras el maletín negro que se extravió en aquella fatídica noche de septiembre, se descubre un nexo construido a través de la palabra escrita. Chico vuelve su mirada al antiguo Hotel de Francia, a las aduanas ahora en proceso de destrucción, al deambular del autor por París y Marsella tratando de alejarse o de acercarse a la Blumenshof, donde los libros le acompañaron y donde la palabra se convirtió en la acción sagrada de su condición humana. Chico nos habla de la necesidad de conexión con el pasado, pero también de la necesidad de intuir los frutos que traerá el futuro. Muestra exactamente el mismo talante que Benjamin, una misma vocación de retomar el verbo de Casandra.

Es así como se unen, después de Portbou, la memoria recuperada de Benjamin y la memoria descubierta de la pequeña ciudad. Es de ahí de donde parte la necesidad de recorrer los espacios donde puede residir la memoria: las calles, el camino de Lister, el cementerio y, ahora también, a modo de tránsito, el memorial Karavan.

Chico recupera y cita la descripción que hace Benjamin del cuadro *Angelus Novus* de Klee:

Sus ojos miran fijamente, tiene la boca abierta y las alas extendidas; así es como se imagina al Ángel de la Historia. Su rostro está vuelto hacia el pasado. Donde nosotros percibimos una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única que amontona ruina sobre ruina y la arroja a sus pies. [...] Este huracán le empuja irremediabilmente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras los escombros se elevan ante él hasta el cielo.

Como si se tratase de un deber el interpretar la historia en los posos del café. De hecho, Benjamin quiso crear una revista por suscripciones a la que titularía *Angelus Novus*, como la obra de Klee, el ángel que parecía estar alejándose del horror pero que, al mismo tiempo, anunciaba un horror nuevo.

Benjamin se escapa del discurso lineal, necesita de un verbo más apasionado, de formas más poéticas, porque su vida y su obra son también un tránsito en el que parte del equipaje va perdiéndose para siempre: las colecciones, los cuadros... No queda ya casi nada. Chico recupera esa geografía, esos objetos perdidos, esas voces... En realidad, los recupera sólo parcialmente, porque apenas queda nada de todo lo que el filósofo poseía. Su vida fue siempre un exilio que no le permitió alejarse de los libros, siempre soñando con la cátedra en la universidad, siempre en contra del pasado de la propia familia. Por eso su obra, cuenta Chico, nos acompaña hacia un abismo donde quizás la caída está asegurada. Se trata del fin de la escritura: la acción, la recuperación de lo que borró el olvido. De ahí parte el afán por coleccionar el pasado; de ahí que el hombre quiera acompañar su paso por la historia con la memoria de quienes antes que él no dejaron rastro alguno. Se trata de descifrar de nuevo todo lo que quedó oculto tras las cosas.

Benjamin, nos dice Chico, marca el paso entre dos guerras, entre dos barbaries: la guerra civil española, que también había dejado fuera de su tierra a miles de refugiados, exiliados y apátridas como el propio Benjamin, y la II Guerra Mundial, entonces en sus inicios, pero que acabó con la esperanza en el progreso y la bondad que imperaban en los inicios del siglo XX. Ni más ni menos que el anuncio del ángel. Benjamin recrea con su historia y con su obra el despliegue del mal en nuestro continente y, a modo de aviso para navegantes, coloca ante nosotros el análisis de lo que aún puede acontecer. Afirma Chico "que ante él tenía una suma de historias que no se ciñen a una sola, sino a otras muchas".

En este libro que está a medio camino entre el ensayo, la novela y el diario, Chico afirma el valor que tiene hallar un lenguaje para poder hablar de lo que hasta el

momento solo ha sido silencio: conceder la palabra a esa oscuridad nos ayudará a ser nosotros mismos. “Todo conocimiento humano toma forma de interpretación”, decía Benjamin. Todos asumimos una mirada sobre el mundo y lo llamamos realidad, pero esa realidad es siempre distinta y estamos obligados a interpretarla. Quién sabe si las ruinas que nos legó el ángel serán un nuevo territorio inexplorado para nuevos caminantes que, como Chico, forjarán con la palabra un lugar, un momento, una vida. En el caso que nos ocupa, la de Walter Benjamin, a fin de regalarnos su posible mirada sobre el mundo.